

Conéctate



CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

CAMBIA EL MUNDO

Inicia una reacción en cadena

LA GUERRA UNIVERSAL

¿En qué bando estás?

LA MARCA DE LA BESTIA

¡Ojo con el 666!

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: **www.conectate.org**

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Perú:

Conéctate
Casilla 2005
Lima 100
RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

España:

activatedeurope@activated.org

DIRECTOR

Gabriel Sarmiento

DISEÑO

Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES

Max Belmont, Ana Fields

PRODUCCIÓN

Francisco López

Número 5

© 2003, Aurora Production AG.

Es propiedad. Impreso en Tailandia.

<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en Conéctate provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

a nuestros amigos



Si hubieras descubierto el remedio para la soledad, la angustia, el temor y todos los males que aquejan a la sociedad y a las personas, y pudieras sintetizar dicha cura en una pequeña píldora, ¿no se la recetarías a todo el mundo? Si hubieras hallado la fuente de la juventud, ¿no darías de beber de sus aguas libremente a los demás para que también vivieran eternamente? Si hubieras dado con el paraíso terrenal, ¿no querrías llevar allí a tus seres queridos?

El caso es que sí has descubierto todo eso. De hecho, ¡mucho más! Al hallar a Jesús, ¡lo hallaste todo! Ahora mismo albergas el Cielo en tu corazón, pues te has llenado de Su amor y Su paz. Además disfrutarás del Cielo eternamente en la vida venidera.

Hay un mundo perdido que sufre de soledad y clama por las soluciones y el amor a los que tú tienes acceso debido a que conoces a Jesús personalmente. Él quiere que comuniques tu descubrimiento a los demás. Él es capaz de resolver los problemas de cualquiera que se lo pida. Pero ¿cómo va a pedírselo si no ha oído hablar siquiera de Él, o no sabe lo real que es? ¿Cómo va a saberlo la gente a menos que alguien se lo diga? Alguien como tú.

Hay un dicho que reza: «El amor no se te dio para guardarlo. Sólo llega a ser amor al entregarlo». Si compartes con los demás las buenas nuevas del amor y la salvación de Jesús, te sorprenderán los prodigios que obrará Su amor por medio de ti. ¡Y el gozo que hallarás en tus tentativas de hacer felices a los demás!



Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*



Michael Lanagan (Australia)

AL PASAR POR LA CALLE al lado de un señor de avanzada edad, sentí el impulso de entablar conversación con él.

—Hola, me llamo Michael —le dije, estableciendo contacto visual con él.

—¿Qué tal, Michael? Yo me llamo Joe. Gusto en conocerlo —contestó con fuerte acento italiano.

Luego de hablar de temas triviales, le expliqué que yo era misionero y que las calles de nuestra ciudad eran mi lugar de trabajo.

—Es increíble la cantidad de gente que necesita ayuda para resolver sus problemas —le comenté.

Asintió con la cabeza. Me contó que algo lo tenía muy preocupado. Fruto de años de tabaquismo, se había enfermado del corazón, por lo que tuvo que operarse.

Los médicos le habían dado cinco años de vida. De eso hacía 17 años.

—Desde esta mañana el corazón me ha estado molestando otra vez —prosiguió Joe—. Creo que me ha llegado la hora.

Compartí con él unas palabras de aliento de la Biblia, por lo cual me agradeció efusivamente. Entonces me preguntó cómo había acabado yo en una silla de ruedas.

—Me rompí el cuello al zambullirme en un río —le indiqué—, en 1985, el día del aniversario de la independencia de Australia.

Joe se quedó mirándome pasmado.

—¿A qué hospital lo llevaron? —inquirió.

Me reveló entonces que recordaba perfectamente haber estado sentado ese día fuera de la sala de urgencias en ese mismísimo hospital. De repente vio que un joven era llevado rápidamente en camilla. Se informó con el personal del hospital y el breve recuento que le hicieron del accidente coincidía con el mío. Sintió una pena

enorme por el muchacho que iba en la camilla. La duda lo asaltó en ese momento: «¿Cómo es posible que algo tan horrible le haya sucedido a un muchacho tan joven, con toda la vida por delante?» Lo que quería decir en realidad era: «¿Cómo pudo permitir Dios una cosa tan atroz?»

—En ese entonces yo también concluí que eso era lo peor que podía haberme sucedido. La demás gente me daba la razón —le manifesté—. Pero fue mucho lo bueno que saqué de todo aquello. Lo mejor es que esa experiencia marcó para mí el principio de una profunda y vívida relación con Jesús. Dios, en todo lo que hace, obra con amor.

Joe me confesó que él no era una persona religiosa ni nada, pero que sí creía en Jesús.

Le pregunté entonces si quería recibirlo en su corazón. Me contestó que sí, tras lo cual oró sinceramente conmigo para aceptar el don de la vida eterna. Sigo cosechando los buenos frutos de mi accidente. •

ALLÁ POR 1913, un joven de unos veinte años recorrió a pie la Provenza, región del sur de Francia. En aquel tiempo esa comarca estaba muy yerma y abandonada. Había quedado poco menos que devastada por la explotación forestal y agrícola desmedida. Por carecer de árboles que lo asentaran, el suelo había sido desgastado por las lluvias. Toda la zona se había tornado árida y estéril.

Debido al mal estado del terreno ya no se cultivaba mucho allí. Los pueblos se hallaban en estado decadente y ruinoso, y casi todos los aldeanos se habían marchado. Hasta la fauna había emigrado ante la falta de árboles que casi había hecho desaparecer la maleza. Los recursos alimenticios eran escasos, y quedaban muy pocos arroyos.

Una noche el muchacho llegó a la humilde cabaña de un pastor que, a pesar de sus canas y sus cincuenta y tantos años, se conservaba muy robusto. El joven se acogió a la hospitalidad de aquel amable pastor. Pernoctó allí y terminó quedándose varios días.

Observó con curiosidad que cada noche su anfitrión pasaba

varias horas a la luz de una lámpara clasificando diversos tipos de frutos secos, como bellotas, avellanas y castañas. Con gran concentración los examinaba, los iba colocando en hileras, los comparaba y separaba los que a su juicio estaban en mal estado y no servían. Terminada su tarea, guardaba en su morral los que había seleccionado.

Por la mañana llevaba sus ovejas a pastar e iba sembrando por el camino. Daba unos pasos e, hincando con firmeza en el suelo la punta de su cayado, hacía un hueco. Dejaba caer en él una semilla y lo cubría de tierra con los pies. Luego daba unos pasos más, volvía a clavar su vara en el suelo y dejaba caer otra semilla. A lo largo del día recorría aquella comarca apacentando sus ovejas. Cada jornada recorría una zona diferente —todas ellas prácticamente despobladas de árboles— y a su paso sembraba bellotas.

El joven forastero observaba al pastor sin comprender qué se proponía. Finalmente le preguntó:

—¿Qué hace?

—Como verá, joven, siembro árboles —repuso el pastor.

Por el
solo
hecho de
cambiar
tu vida, tu
hogar, tu
familia,
habrás
cambiado
todo un
universo,
¡el tuyo!

CAMBIA

El muchacho volvió a inquirir:
—Pero... ¿para qué? Esos árboles tardarán muchísimos años en crecer y serle de provecho. ¡Puede que ni viva para verlos!

—Ya sé —respondió el pastor—, pero algún día le serán de provecho a alguien y contribuirán a devolverle a la tierra su fertilidad. Quizá no lo vea yo, pero sí mis hijos.

El joven se maravilló de la previsión, el desinterés y la iniciativa que mostraba el pastor al preparar el terreno para generaciones venideras sin tener la menor certeza de que llegaría a ver o cosechar el fruto de su labor.

Veinte años después, aquel excursionista —ya de cuarenta y tantos años— volvió a visitar la región. Quedó boquiabierto ante lo que vio: un extenso valle totalmente cubierto por un bellissimo bosque natural en el que prosperaban árboles de todas las variedades. Naturalmente, eran ejemplares jóvenes, pero árboles al fin y al cabo. El valle entero había revivido. La hierba había recobrado su verdor. La fauna volvía a poblar la zona, la maleza había crecido, el suelo había recuperado la humedad y los agricultores labraban nueva-

mente la tierra.

El viajero sintió curiosidad por saber qué habría sido del anciano pastor, y se quedó sorprendido al descubrir que seguía vivo y fuerte como un roble. Aún residía en su cabañita, y no había abandonado su costumbre vespertina de clasificar frutos secos.

El visitante se enteró además de que poco tiempo antes había llegado de París una comisión de parlamentarios para ver lo que a su juicio era un bosque natural que había surgido por milagro. Luego averiguaron que había sido obra de aquel solitario pastor, quien diariamente, año tras año, había sembrado bellotas, hayucos y otras semillas. Gracias a ello, todo el valle se había cubierto de un manto de vegetación y de hermosos árboles jóvenes. Tan impresionados quedaron los parlamentarios que a su regreso a la capital votaron en la Asamblea Nacional para que se le otorgara una pensión vitalicia en señal de agradecimiento por haber reforestado toda aquella región sin ayuda de nadie.

El visitante manifestó su sorpresa por la transformación que se había producido: además de

EL MUNDO

los magníficos árboles, había resurgido la agricultura, la fauna había retornado y la flora se veía exuberante. Las pequeñas granjas prosperaban, y la actividad había vuelto a las aldeas. ¡Qué contraste con el cuadro de ruina y abandono que había visto veinte años antes!

Gracias a la previsión, la diligencia, la paciencia, la abnegación y la constancia de un solo hombre, que perseveró haciendo lo que estaba a su alcance, la prosperidad había vuelto a aquella región.

De modo que si a veces te sientes impotente al ver la situación en que se encuentra el mundo, ¡no te dejes vencer! Dicen que son los grandes imperios, los gobiernos, los ejércitos y las guerras los que producen alteraciones en el curso de la Historia y cambian la faz de la Tierra. De ahí que a veces nos deprimamos y pensemos que no somos nada o que nada podemos hacer. La situación nos parece irremediable y nos da la impresión de que una sola persona nada puede hacer para mejorar las cosas. Terminamos creyendo que ni vale la pena intentarlo, que de nada sirve malgastar esfuerzos.

Pero como demostró al cabo de varios años aquel humilde pastor, ¡un solo hombre puede transformar el mundo! Tal vez no consigas cambiar el mundo entero, pero al menos puedes modificar el ámbito en que vives. ¿Por qué no empiezas por

renovar tu propio corazón, tu mente, tu espíritu, tu vida, dando cabida a Jesús, leyendo Su Palabra y poniendo en práctica Sus principios? Por el solo hecho de cambiar tu vida, tu hogar, tu familia, habrás cambiado todo un universo, ¡el tuyo!

Luego tú y tu familia pueden ayudar a hacer lo mismo por sus vecinos y amigos, sus compañeros de trabajo o de estudios, los comerciantes, las visitas y toda persona con quien traben relación cada día. Pueden hacer un esfuerzo por acercarse a un alma solitaria y necesitada de afecto, que busque la verdad, que ansíe sentir que alguien se interesa por ella, que busque algo sin saber a ciencia cierta qué es. Gente que busca afanosamente alcanzar la felicidad y llenar su alma vacía, yerma y sedienta por falta del agua de la Palabra de Dios y del cálido amor que Él nos brinda.

Puedes empezar de forma individual, tú solo o con tu familia, sembrando cada día semillas de la verdad en este y en aquel corazón. Una forma de hacerlo es distribuir o recomendar publicaciones cristianas a las personas que conozcas, a fin de ayudarlas a entender la Palabra de Dios. Con paciencia, se puede implantar en un corazón vacío la verdad contenida en la Palabra de Dios y cubrirla con la calidez de Su amor. Luego no resta más

que confiar en que el Espíritu Santo —el inefable sol del amor divino— y el agua de las Palabras de Dios produzcan el milagro de una vida nueva.

Puede que al principio no parezca más que una diminuta yema, una ramita insignificante o un simple retoño. ¿Qué diferencia hace eso en una vasta extensión de tierra? ¿Qué es eso comparado con el inmenso bosque que hace falta? Pues bien, es el comienzo. Es el milagro de la gestación de una vida nueva que con el tiempo crecerá y florecerá hasta convertirse en un árbol majestuoso, grande y robusto. Quizás hasta dé origen a un mundo completamente nuevo. ¿Por qué no intentarlo?

Si perseveras en ello —como el anciano pastor cuyos esfuerzos premió el gobierno—, un día de éstos, cuando llegue el momento de tu retribución, Dios te recomendará. Te dirá: «¡Bien, buen siervo y fiel! Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor» (Mateo 25:21).

¡Sí puedes cambiar el mundo! Comienza hoy mismo. Transforma tu vida, la de tu familia, la de tu hogar, tus vecinos, tu ciudad. Transforma tu país. ¡Cambie-mos el mundo! •

(Comentario sobre la novela *El hombre que plantaba árboles*, de Jean Giono. El artículo completo de David Brandt Berg, junto con otros sobre diversos temas, se ha publicado en el libro *Atrévete a ser diferente*. En el formulario de pedido adjunto encontrarás más detalles al respecto).

COMPARTIR
EL AMOR
DE DIOS
CON LOS
DEMÁS

EL CORAZÓN DE LOS HOMBRES ES EL MISMO EN TODO EL MUNDO, sea cual sea su nacionalidad, su origen, su raza y su credo. Sus angustias, pesares, pecados, dolores y temor a la muerte son los mismos. Sus anhelos, amores y necesidad de Dios y Su verdad, de alegría, felicidad y paz interior, han sido concebidos por el propio Dios y son iguales en todos los hombres del planeta.

Aunque muchos ansían auténtico amor, en contadas ocasiones lo encuentran, y a veces nunca. Lamentablemente son muy pocas las personas de fe dispuestas a manifestar el amor de Dios. Como dijo Jesús: «La mies [quienes necesitan el amor de Dios] es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a Su mies» (Mateo 9:37-38). ¿Responderás a Su llamado a la mies? ¿Darás a la gente ocasión de conocer íntimamente a Jesús y obtener un pasaje gratuito para el Cielo?

Testificación es un término que emplean muchos cristianos para calificar el acto de hablar a los demás de Jesús y explicarles el plan de salvación trazado por Dios. Al igual que los niños se hacen adultos y engendran sus propios hijos, un hijo de Dios nacido de nuevo debe madurar a fin de engendrar hijos espirituales, es decir, otras almas salvadas para el reino de Dios. Esa es la labor más importante y satisfactoria que puede haber en el mundo: ayudar a los demás a hallar el amor y la salvación divinas a través de Jesús (v. Marcos 16:15).

Puedes empezar conversando con tus amigos y familiares sobre la transformación que se ha operado en ti desde que pediste a Jesús que entrara en tu corazón y comenzaste a leer Su Palabra. Anímalos a aceptar también a Jesús y ayúdalos a descubrir las maravillosas verdades de Su Palabra. Y no olvides dar buen ejemplo del amor de Dios mostrándote comprensivo, amoroso y generoso

con los demás, tanto con los conocidos como con los desconocidos. Dios te bendecirá, te inspirará y te recompensará grandemente por animarte a compartir Su amor con los demás y orientarlos para que descubran una nueva vida plena de dicha con Jesús. •



QUIENES HEMOS SEGUIDO el ejemplo de Jesús y aceptado la vocación de alumbrar a los demás con Su luz, nos hallamos envueltos en un conflicto cósmico.

Luchamos juntos en defensa de nuestra fe, de la verdad y de la libertad. Algunos de los ideales comunes que perseguimos son que la humanidad se libre de la miseria, de la dominación, del dolor, del mal y del miedo. Los hombres no pueden ser felices cuando son víctimas del hambre, la desnutrición, la insalubridad y las enfermedades. No pueden encontrarse satisfechos cuando viven bajo el yugo de la opresión,

David
Brandt Berg

armas, la fe y el amor. Esta lucha tiene por objeto conquistar el corazón y el espíritu de los hombres, influir en sus ideas y salvar tanto su alma como su cuerpo. Combatimos por liberarlos de la maldad que se adueña de su espíritu, de su corazón y de su mente y que los induce a ser egoístas, desconsiderados, ofensivos, crueles y perversos con sus congéneres. Los hombres desconocen el amor, la fe y el poder de Dios, así como los principios espirituales que Él —en consideración a nosotros— ha instituido para que alcancemos la dicha eterna.

Lidiamos en esta contienda a fin de romper las cadenas de la iniquidad y el yugo del Diablo que esclavizan el alma, la mente, el corazón y el espíritu de los hombres, y que son la causa de que nos hayan sobrevenido todas las desgracias que conocemos hoy en

día. Se trata de una guerra entre el bien y el mal, entre Dios y el Diablo, la rectitud y la vileza. Un enfrentamiento entre el amor y el odio, la vida y la muerte, la alegría y la desdicha. Nos referimos a un conflicto universal en el que las huestes celestiales defensoras del bien se ven rostro a rostro con las fuerzas espirituales del infierno, que luchan por nuestro cuerpo y alma, tanto en el plano terrenal como en la dimensión espiritual.

Para liberar a los hombres del temor es necesario infundirles fe; para liberarlos del odio hay que manifestarles amor; para liberarlos de la angustia es preciso brindarles alegría; para liberarlos de la guerra debemos forjar la paz; para liberarlos de



la GUERRA UNIVERSAL

la tiranía, el exceso de trabajo y la explotación. No pueden conocer la alegría cuando soportan las atrocidades que ocasionan interminables guerras y conflictos y se enfrentan a la espantosa pesadilla de la inseguridad perpetua.

Sostenemos que la causa de todos esos males es el manifiesto desamor de los hombres hacia Dios y hacia su prójimo, y su insistencia en contravenir las leyes divinas de amor, fe, paz y armonía. Esas leyes constituyen el fundamento de toda fe auténtica, el ideario de todos los que creen profundamente en Dios y en Su amor.

El nuestro es un conflicto que se libra en el terreno espiritual. Nuestras

Llamado a
todos los
que
albergan el
deseo de
cambiar el
mundo

la miseria hay que satisfacer plenamente sus necesidades; para liberarlos de la muerte debemos indicarles el camino que conduce a la dicha eterna en el Cielo.

Es vital que inspiremos a los hombres a creer en Dios y en Su amor. Debemos infundirles la confianza de que Él ha forjado un plan para llevar a la humanidad hacia un futuro glorioso, cuando se instaure en la Tierra el reino de Dios, en el que gobernarán los justos y ya no habrá pesar, ni llanto, ni dolor, ni muerte. Todo será luz y vida, y habrá paz, felicidad y abundancia para todos (v. Apocalipsis 21:1-4).

Es necesario enseñar las amorosas y vivificantes Palabras que Dios nos legó en la Biblia, a fin de que la humanidad alcance la vida, la dicha y el amor eternos que Él nos ofrece. Poderosos imperios contruidos a punta de espada se desvanecieron con el mismo ímpetu con que aparecieron. En cambio, las divinas Palabras de vida y amor permanecen para siempre, y no han dejado de ser fuente de gozo, paz, amor, vida y esperanza para miles de millones de personas, generación tras generación. Grandes conquistadores como Alejandro Magno, César, Gengis Kan, Napoleón y Hitler han quedado relegados a la Historia. Sin embargo, las ideas, la fe y las palabras de los profetas de Dios son imperecederas.

La Palabra de Dios trasciende fronteras. No sabe de naciones, razas e imperios. No conoce límites de tiempo ni de espacio. No ha podido ser reprimida por los hombres, ni por la guerra, ni por el poder de las armas. Engloba a la humanidad entera, uniendo los pensamientos, corazones y espíritus de los hombres en la fe y el amor a Dios y al prójimo, para bien de todos.

No es posible cambiar el mundo sin cambiar la manera de pensar de

La Palabra de Dios trasciende fronteras. No sabe de naciones, razas e imperios. No conoce límites de tiempo ni de espacio. No ha podido ser reprimida por los hombres, ni por la guerra, ni por el poder de las armas.

las personas. Y para ello es imperativo transformar su corazón, lo cual sólo es viable mediante la inspiración del Espíritu de Dios, que salva no solamente el cuerpo, sino también el alma.

Debemos empeñarnos en la salvación integral de las personas, no solamente en el plano físico y del medio ambiente. La humanidad nunca podrá ser feliz con el corazón amargado, los pensamientos turbados, el espíritu abatido y el alma desprovista de salvación. Tenemos que consagrarnos a la tarea de salvar al hombre en su totalidad, y no de forma parcial. Es necesario bregar por la salvación de la humanidad entera, no solamente de una parte de ella. Esa salvación debe ser eterna y no circunscribirse a la existencia actual. Sólo el poder, la vida, la luz, el amor y las Palabras de Dios pueden lograr ese objetivo.

Tenemos la obligación de llevar el mensaje a todos, aunque no todos lo escuchen, ni respondan al mismo, ni acepten la salvación. Debemos a cada hombre el mensaje de Dios y la vida de amor que Él quiere proporcionarle. Debemos empezar hoy mismo a saciar a los hambrientos, a dar vista a los que ansían luz y entregar amor a los desdeñados y abandonados.

«El cielo y la tierra pasarán, pero [las] Palabras [de Dios] no pasarán» (Mateo 24:35). Invócalas y pregóñalas. Divúlgalas aunadas al amor de Dios, de viva voz y con tus acciones. Aprovecha para ello todos los medios que tengas a tu alcance. Brindarás así a tus semejantes luz, esperanza, amor, paz, abundancia, satisfacción y felicidad eternas.

No es de necios entregar una vida que no se puede conservar a cambio de un amor que nunca se perderá. •

(Los pasajes anteriores fueron extraídos del artículo de David Brandt Berg que lleva el mismo título).

La marca de la Bestia

«Hacia que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis» (Apocalipsis 13:16-18).

ESTAMOS FRENTE A UNA EXTRAORDINARIA PROFECÍA. Reflexionemos sobre su significado: hace casi 2.000 años el apóstol Juan —que antes de conocer a Jesús se había desempeñado como un simple pescador— predijo que un día sería instituido un sistema económico internacional por el que se obligaría a toda persona a llevar un *número*, sin el cual no podría comprar ni vender. El cumplimiento de este ominoso oráculo no habría sido posible antes del advenimiento del ordenador y de las operaciones bancarias electrónicas.

Existen actualmente diversos métodos para adquirir bienes o productos. Se puede pagar en efectivo, girar un cheque o emplear una tarjeta crédito o de cobro automático.

Otra modalidad de transferencia de fondos que ya se emplea en muchos países y que se fomenta en otros es la *tarjeta inteligente*. Ésta tiene el aspecto de una tarjeta común y corriente, pero con una gran diferencia: en el plástico hay un pequeño circuito integrado. Este prodigioso dispositivo electrónico no solo da al portador acceso instantáneo a su cuenta bancaria, sino que además contiene su identificación, su historial médico, su carnet de conducir, fotografías, datos requeridos por la asistencia social y otros varios. En Francia, Canadá, Alemania y Gran Bretaña se utilizan

actualmente más de 90 millones de tarjetas inteligentes para disponer de mejor asistencia sanitaria.

El papel moneda evidentemente tiene los años contados. Quienes promueven una sociedad en la que no se emplee más el dinero contante esgrimen un sinnúmero de argumentos muy convincentes. Uno de los principales es que el dinero en efectivo posibilita los turbios negocios de los narcotraficantes, quienes suelen realizar sus transacciones con maletas llenas de billetes. En la ausencia de papel moneda, se dificultaría mucho la venta ilegal de drogas. Es más, muchos organismos de seguridad sostienen que la abolición del efectivo acabaría prácticamente con toda actividad delicativa.

Implantaciones de microchips con los datos personales

Para poder eliminar por completo el papel moneda, los cheques y las tarjetas de crédito, es imperativo crear un sistema de identificación a toda prueba. Los comerciantes deben contar con la garantía de que quien presente una tarjeta para realizar una transacción sea en efecto el titular de la misma.

Una solución viable y muy

Una solución viable y muy económica podría ser tomar un microcircuito similar al de la tarjeta inteligente e introducirlo debajo de la piel.

Acceder a que le sea a uno implantada la marca de la Bestia no será una decisión meramente económica.

económica podría ser tomar un microcircuito similar al de la tarjeta inteligente e introducirlo debajo de la piel. Una vez implantado, el chip podría ser leído por un escáner de bajo costo muy parecido a los lectores de barras de un supermercado. Es decir, que uno mismo se convertiría en una tarjeta inteligente, sorteando así el gravoso obstáculo de garantizar que el titular de la tarjeta sea, en efecto, quien dice ser.

Es evidente que se está gestando una sociedad desmonetizada a escala planetaria. El control que hoy se puede ejercer en el mundo mediante la tecnología de fibra óptica, los satélites y las bases de datos es alucinante. Los gobiernos de Australia, Israel, Singapur y Tailandia están formulando políticas con vistas a eliminar los cheques y el papel moneda. Muchos otros países están probando nuevas tecnologías para efectuar operaciones comerciales eludiendo el uso de la moneda corriente. Por primera vez existen los dispositivos de alta tecnología necesarios para cumplir la escalofriante visión que tuvo el apóstol Juan hace casi dos mil años.

El poder oculto

No hay que olvidar que el dirigente supranacional del que ya hablamos no exigirá que el mundo lo adore por razones puramente egoístas. Es que estará poseído por el propio Satanás. «El dragón [el Diablo] le dio su poder y su trono, y gran autoridad» (Apocalipsis 13:2).

Satanás siempre ha querido ser Dios. En un principio esa fue precisamente la causa de su caída. El profeta Isaías escribió: «¿Cómo caíste desde el cielo, estrella brillante [Lucifer], hijo de la Aurora? [...] En tu corazón decías: “Subiré hasta el cielo y levantaré mi trono encima de las estrellas de Dios [...]; subiré a la cumbre de las nubes, seré igual al Altísimo”. Mas, ¡ay!, has caído en

las honduras del abismo, en el lugar adonde van los muertos» (Isaías 14:12-15, Biblia Latinoamericana).

Lo que Satanás persigue al inducir a su títere, el Anticristo, a establecer la maquinaria crediticia mundial que ya se ve venir es que el mundo entero se postre y le rinda culto.

¡Ojo con el 666!

Acceder a que le sea a uno implantada la marca de la Bestia no será una decisión meramente económica. Si bien esa marca vendrá camuflada como un avance tecnológico provechoso para la sociedad, aceptarla será en realidad una decisión espiritual: equivaldrá a acoger y rendir culto al diabólico Anticristo.

Por eso la Biblia advierte: «Si alguno adora a la Bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios. [...] No tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la Bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre» (Apocalipsis 14:9-11). Dios no castigaría tan severamente a una persona por algo tan nimio como aceptar una marca de identificación y crédito que le permitiera adquirir víveres y artículos de primera necesidad.

Lo que se desprende de estas palabras es que, cuando veamos surgir un gobierno mundial cuyo dirigente exija nuestra filiación, nuestra lealtad e incluso nuestra devoción, no debemos acceder a sus exigencias. Por muchos que sean los incentivos económicos ofrecidos a cambio o las represalias con que se amenace a quienes rechacen su marca y su número, debemos más bien amar y adorar al Dios verdadero, al Creador, que nos quiere y vela por nosotros. Si ciframos nuestra confianza en Él, nos sacará adelante en los tiempos que se avecinan. (Extracto de *Ya estaba escrito*, de Michael Roy).

CUATRO AÑOS DESPUÉS del hundimiento del Titanic, un joven escocés se puso en pie en el curso de una reunión en Hamilton (Canadá) y dijo: «Soy un superviviente del Titanic. Aquella noche espantosa iba a la deriva asido de un palo, cuando las olas acercaron a mi lado al señor John Harper, de Glasgow, que también estaba flotando en un trozo arrancado del barco.

—Buen hombre —me dijo—, ¿está salvado? (Es decir, ¿ha recibido la salvación eterna que Dios ofrece?)

—No —le respondí.

—Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo —repuso (v. Hechos 16:31).

Las olas lo apartaron de mí. Por extraño que parezca, al cabo de un rato lo volvieron a acercar, e insistió:

—¿Está salvado ya?

—No —le respondí—, a la verdad no puedo decir que lo esté.

Me volvió a decir:

—Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo.

Poco después se hundió. Y allí, solo en la noche, con tres kilómetros de agua bajo mis pies, creí. Soy la última persona que aceptó a Jesús por influencia de John Harper».

La Palabra de Dios no está limitada

EN 1986 VIAJAMOS por varias ciudades de China. En aquella época la política oficial hacia los extranjeros y su influencia era menos tolerante que en la actualidad, de modo que teníamos que proceder con mucho cuidado al hablarle a la gente de Jesús.

Una noche nos topamos con una señora y sus cinco niños, que realizaban actuaciones acrobáticas callejeras. Aquello era inusitado en China, dada la severidad de las sanciones que impone el gobierno a quienes contravengan la política de

un solo hijo por familia. Total que enviamos a nuestra hija con un donativo bastante generoso.

Unos días más tarde la policía nos detuvo por hacer proselitismo. Nos hicieron una revisión minuciosa y nos incautaron todas nuestras publicaciones, a excepción de un Evangelio de Juan en cantonés que no encontraron. Nos advirtieron que permaneceríamos bajo vigilancia.

Queríamos testificar a aquella familia de jóvenes acróbatas, pero el solo hecho de conversar con ellos los pondría en peligro. Oramos para saber qué hacer y decidimos escribir una carta de una carilla en cantonés. En la misma les decíamos que pronto nos iríamos, pero que nos gustaría volver a verlos en el Cielo. Les explicamos que si querían ir al Cielo no tenían más que rezar la plegaria de salvación, la cual les escribimos. Aquella noche, bajo la atenta mirada del policía que nos había sido asignado, compramos una bolsa de manzanas frescas, metimos la nota en la misma y se la entregamos junto con nuestro donativo habitual.

Al día siguiente salimos a caminar y de golpe nos topamos con la madre, quien estrechó la mano de Daniel. Oculta en la mano tenía una nota cuidadosamente doblada que le pasó sin que nuestros guardias lo advirtieran.

Nos conmovimos hasta las lágrimas al leer aquella nota, en la que decía que toda su familia había rezado la oración.

Dos días antes de partir de China, logramos eludir a nuestros vigilantes y fuimos a visitar a aquella familia en su apartamento de un solo ambiente y les dimos el evangelio de Juan que las fuerzas de seguridad no encontraron la noche que nos detuvieron. Nos dijeron: «Hemos visto el amor de Dios reflejado en el interés que nos han demostrado».

Daniel y Joan, Taiwan



¿No quieres ganar almas?

LA EXPERIENCIA MÁS MARAVILLOSA, emocionante y satisfactoria que puedes tener después de encontrar el amor de Jesús es transmitírselo a tus seres queridos, familiares, vecinos, compañeros de trabajo, amistades y hasta a desconocidos.

Las almas, no los diamantes, son para siempre. Ganar almas —conducir a alguien a aceptar el don eterno de la salvación a través de Jesús— produce mejor renta y beneficios que ningún negocio de este mundo. Dividendos y beneficios eternos. Aunque nunca lograras otra cosa que convertir una sola alma al Señor, ver esa alma contigo en el Cielo te llenará de gozo y comprenderás que todo tu esfuerzo valió la pena. Además, esa persona te estará eternamente agradecida por haberle hablado del amor de Jesús y haberla llevado a conocer al Señor.

A continuación te ofrecemos algunos consejos para orientarte cuando empieces a comunicar tu fe en Jesús a los demás:

1

Haz preguntas. ¿Cómo vas a averiguar quién es la persona, lo que hace o la más mínima cosa si no le haces preguntas? Como *médico de almas*, tienes la obligación de *examinar* con cuidado a tu *paciente* y auscultarlo para hacer un *diagnóstico* de los *males* que padece.

2

Escucha sus respuestas. Lo primero y principal es demostrarle a la gente que la amas y que te interesas realmente por ella. Para lograrlo, nada mejor que tener una buena disposición para escuchar. Lo único que necesitan algunos es alguien que los escuche, una persona a la que puedan expresar lo que sienten, aunque lleve una hora o toda la noche. La mitad de la tarea de testificar consiste precisamente en escuchar.

3

Presenta las soluciones de Dios. Deja que la persona domine la conversación hasta que por fin diga algo que abra una rendija y te dé la oportunidad de testificar y ofrecerle las soluciones divinas a sus problemas. La principal de esas soluciones, por supuesto, es aceptar al Señor.

4

Que tome una decisión. Por muy bien o muy mal que hayas testificado, por muy receptiva o poco receptiva que te haya parecido una persona, siempre debes pedirle que acepte a Jesús como Salvador. A veces hay que arriesgarse, pues es posible que no vuelvas a verla y que jamás tenga otra oportunidad. Pregúntale si quiere recibir a Jesús. Quizá te conteste que sí, o que no, o te diga: «Más adelante». Pero en todos los casos haz que tome una decisión. •

¿Quieres saber más sobre la testificación? Pide hoy mismo *Corazón a corazón*, de la colección *Actívate*. ¡Que lo pases magníficamente testificando!

Respuestas a tus interrogantes

P.: ¿Qué podemos hacer para devolver la magia a nuestro matrimonio?

EN PRIMER LUGAR, ustedes no son los únicos. Muchas parejas están perdidamente enamoradas antes de casarse, pero después la realidad no tarda en hacerse sentir. Eso no es necesariamente malo. Forma parte del proceso de maduración: Dios está amalgamando dos vidas. Lo importante es la prontitud y la eficacia con que aprendan a resolver —con amor y comprensión— los pequeños conflictos que amenazan con deslucir su matrimonio.

Debemos comprender que a medida que una relación matrimonial madura, los sentimientos y el atractivo sexual de *alto voltaje* ceden su lugar de forma natural a un amor más sereno y estable que otorga

a cada uno tiempo y espacio para hacer otras cosas con otras personas sin que ello vaya en desmedro del fuerte vínculo que existe entre los dos. La *magia* no ha desaparecido; simplemente se ha vuelto más profunda.

Mantener una relación matrimonial vibrante y emotiva requiere tiempo, esfuerzo y abnegación, pero vale la pena. A continuación ofrecemos algunos consejos de comprobada eficacia que debieran contribuir a devolver la chispa a su matrimonio:

Inviertan tiempo, atención y amor en su relación para que ésta marche bien: «Todas vuestras cosas sean hechas con amor» (1 Corintios 16:14).

Comiencen el día con un beso y unos abrazos: «Amaos unos a otros entrañablemente» (1 Pedro 1:22).

Díganse: «Te quiero», varias veces al día. Expresen sus sentimientos con palabras.

Elógiense el uno al otro. Díganse a menudo cuánto agradecen su compañía. «Eres maravilloso.» «Eres estupenda.»

Procuren pasar ratos a solas los dos, sin problemas que resolver, sin trabajo que hacer y sin niños que atender: «Para que sean [...] sus corazones unidos en amor» (Colosenses 2:2).

Manifiéstense amor y cariño, por muy pocas ganas que tengan de hacerlo: «El amor es sufrido, es benigno» (1 Corintios 13:4).

Estén atentos a las necesidades del otro y procuren satisfacerlas: «Hagan [...] con los demás como quieren que los



demás hagan con ustedes» (Mateo 7:12, versión Dios Habla Hoy).

Encaren todas las catástrofes como meros incidentes, y ningún incidente como una catástrofe: «[El amor] todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Corintios 13:7).

Revélense sus sentimientos más íntimos, aunque moderando su sinceridad con prudencia, para que el otro no se sienta dolido. «Hablando la verdad en un espíritu de amor» (Efesios 4:15, versión Dios Habla Hoy).

Dispongan de ratos para hablar sobre la crianza de sus hijos y para orar por ellos: «Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él» (Proverbios 22:6).

Juntos encomienden al Señor todos sus sueños, problemas, necesidades y preocupaciones. Oren y pídanle que se haga cargo de ellos y los resuelva según sea lo mejor para ustedes: «Reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas» (Proverbios 3:6).

No tarden en hacer las paces después de discutir. «No se ponga el sol sobre vuestro enojo» (Efesios 4:26).

Oren, lean la Palabra y disfruten del Señor juntos. Además de ser amor, Dios es el origen de todo amor (v. 1 Juan 4:8). Él sabe lo maravilloso que puede ser el matrimonio y quiere que lo sea para ustedes. •



Lecturas enriquecedoras



El libro de los Hechos

El libro de los Hechos es una lectura fascinante, toda vez que constituye una crónica de los milagros y los audaces portentos obrados por los discípulos de Jesús luego de la ascensión de éste al Cielo. A continuación te indicamos las referencias de algunos de los capítulos clave de este contundente libro:

La promesa del Espíritu Santo

Capítulo 1

El milagro de Pentecostés: 3.000 conversos

Capítulo 2

Curación de un cojo

Capítulo 3

¡Encarcelados!

Capítulo 4

Delito y castigo

Capítulo 5

El primer mártir cristiano

Capítulo 7

Saulo ve la luz

Capítulo 9

Una visión que transformó el mundo

Capítulo 10

¡Fuga!

Capítulo 12

Remezón en la cárcel

Capítulo 16

¡Naufragio!

Capítulo 27

Próximamente...

El último libro de la Biblia, el Apocalipsis, es también el más misterioso. Describe con fascinantes detalles los acontecimientos que en breve llevarán a su fin al mundo tal como lo conocemos hoy y que constituyen el período denominado los *Postreros Días* o el *Tiempo del Fin*. Los protagonistas de esos dramáticos sucesos vienen representados como un León, un Dragón y una Bestia. Si quieres averiguar quiénes son esos tres personajes y qué cambios traerán consigo, no te pierdas el próximo número de *Conéctate*. •

Permíteme que ame a través de ti

Deja que me valga de tus ojos para ver las necesidades de los demás; de tus oídos para escuchar el clamor de los perdidos; de tu lengua para verter Mis Palabras de amor y aliento sobre los que están alicaídos. Si me lo permites, haré que se te parta el corazón al ver la cantidad de gente que todavía no sabe de Mi amor. Deja que me valga de tus manos para secar las lágrimas de los que lloran, para reconfortar con unas palmadas en el hombro a los que están desanimados, para prestar ayuda a los que caen a mitad de camino.

Deja que Mi Palabra te llene hasta rebosar, de modo que irradies simpatía, alegría, amor y optimismo. Si llenas con ella tu corazón, tu mente y tu espíritu, te rodeará un aura de amor de la que otros querrán participar.

Da, y se te dará. Si vas y anuncias Mi Evangelio, Mi Palabra, Mi amor, Yo derramaré Mi amor sobre ti. Y de esa manera sanarás sus corazones.

DE JESÚS, CON CARIÑO